

**AMAR AL SEÑOR Y AMARNOS UNOS A OTROS
PARA LA EDIFICACIÓN ORGÁNICA DE LA IGLESIA
COMO CUERPO DE CRISTO**

Mensaje uno y dos

**Amar al Señor y amarnos unos a otros:
el camino más excelente para todo lo que seamos y hagamos
con miras a la edificación orgánica de la iglesia como Cuerpo de Cristo**

Lectura bíblica: 1 Co. 8:1b; 12:31b; 13:1, 4-8, 13; 14:1, 3, 4b; Jn. 21:15-17; Gá. 6:2-3

I. Pablo elogió a los tesalonicenses al decirles que “vuestra fe crece sobremasera, y el amor de todos y cada uno de vosotros abunda [o, aumenta] para con el otro”—2 Ts. 1:3:

- A. Creer en el Señor es recibirlo como vida, y amar al Señor es disfrutar a la persona misma a quien hemos recibido; la fe nos es dada por Dios para que por medio de ella recibamos a Cristo como nuestra vida; el amor resulta de esta fe maravillosa y nos capacita para expresar en nuestro vivir todas las riquezas del Dios Triuno en Cristo como nuestra vida—2 P. 1:1; He. 12:1-2a; 2 Co. 4:13; Gá. 5:6; Jn. 1:12-13; 21:15-17; Col. 3:4.
- B. Para el apóstol Pablo la gracia del Señor “sobreabundó con la fe y el amor que están en Cristo Jesús” (1 Ti. 1:14); por medio de la fe recibimos al Señor (Jn. 1:12), y por medio del amor disfrutamos al Señor a quien hemos recibido (14:21, 23; 21:15-17).
- C. En esta fe maravillosa y por medio de este excelentísimo amor del Dios Triuno, deberíamos amarlo a Él y a todos los que le pertenecen; solamente de esta manera podemos llegar a ser —en la corriente de la degradación de la iglesia— los vencedores a quienes el Señor llama y desea obtener en Apocalipsis 2 y 3.

II. El recobro del Señor es el recobro de amar al Señor Jesús con el primer amor, el mejor amor, y de amarnos unos a otros para la edificación del Cuerpo orgánico de Cristo, lo cual es la edificación de la Nueva Jerusalén como la meta de la economía eterna de Dios—Ef. 4:15-16; Ap. 2:4-5:

- A. El Cristo a quien amamos es el Cristo que ama a la iglesia; cuando lo amemos a Él, amaremos a la iglesia como Él la ama—Ef. 5:25.
- B. La degradación de la iglesia comienza cuando dejamos nuestro primer amor para con el Señor; amar al Señor con el primer amor, el mejor amor, es darle al Señor la preeminencia, el primer lugar, en todas las cosas, al ser constreñidos por Su amor a fin de considerarlo y tomarlo como todo en nuestra vida—Ap. 2:4-5; Col. 1:18b; 2 Co. 5:14-15; Mr. 12:30; Sal. 73:25-26.
- C. La propia vida que recibimos cuando creímos en el Señor Jesús es una persona, y amarlo con el primer amor es la única manera de aplicar y disfrutar a esta persona; puesto que el Señor Jesús como nuestra vida es una persona, necesitamos un nuevo contacto con Él a fin de disfrutar Su presencia actual en este preciso momento y día tras día—Jn. 11:25; 14:5-6; 1 Ti. 1:14; Jn. 14:21, 23; 2 Co. 5:14-15; Ap. 2:4-7; Col. 1:18b; Ro. 6:4; 7:6; *Hymns*, #559.

- D. Debemos ser personas que son inundadas con el amor de Cristo y arrastradas por el mismo; el amor divino debería ser similar al torrente de una corriente de aguas inmensas que viene hacia nosotros, impulsándonos a vivir atentos a Él y amarlo al máximo más allá de nuestro propio control—2 Co. 5:14.
- E. A fin de amar al Señor al máximo, necesitamos ser aquellos que desean y buscan morar en la casa de Dios todos los días de nuestra vida para contemplar Su hermosura (la preciosidad, lo placentero, lo deleitoso) y para inquirir de Dios en Su templo; inquirir de Dios es consultar con Dios respecto a todo en nuestra vida diaria—Sal. 27:4.

III. Entre los colaboradores, los ancianos, los hermanos responsables y todos los que forman parte de los grupos vitales, el amor debe prevalecer—1 Co. 12:31b; 13:4-8, 13:

- A. Hemos sido regenerados para ser la especie de Dios, el género de Dios (Jn. 1:12-13), y Dios es amor (1 Jn. 4:8, 16); puesto que llegamos a ser Dios en Su vida y naturaleza, mas no en la Deidad, nosotros también deberíamos ser amor; esto significa que no solamente amamos a otros, sino que somos el amor mismo.
- B. Debemos conservarnos en el amor de Dios y ser constreñidos por el amor de Cristo a fin de poner nuestras vidas por los hermanos—Jud. 19-21; 2 Co. 5:14; 1 P. 1:22; 1 Jn. 3:14-16; 4:7-21.
- C. Dios nos amó primero al infundirnos Su amor y generar en nosotros el amor con el cual lo amamos a Él y a los hermanos (vs. 19-21); permanecer en Dios es llevar una vida en la cual amamos a los demás habitualmente con el amor que es Dios mismo para que Él sea expresado en nosotros—vs. 16-17; *Himnos*, #255; *Hymns*, #547.
- D. Necesitamos tener cuidado con la ambición y el orgullo:
 1. El hecho de que seamos útiles o no en las manos del Señor a largo plazo y el hecho de que traigamos la bendición o no por un tiempo duradero no depende de lo que podamos hacer, sino de cuán puro sea nuestro corazón; necesitamos tener un corazón puro, purificado de toda forma de ambición sutil en cuanto a intención, propósito, motivos y acciones en el recobro del Señor—Mt. 5:8.
 2. El orgullo significa destrucción, y ser orgullosos nos hace el mayor de los necios; la humildad nos salva de toda clase de destrucción e invita la gracia de Dios—Jac. 4:6; 1 P. 5:5.
 3. Jamás deberíamos buscar ser el primero en cualquier obra que se realice para el Señor (3 Jn. 9); la rivalidad en la obra del Señor no sólo es una señal de ambición, sino también de orgullo; referirnos a nuestra propia capacidad, éxito, perfección y virtud es una forma descuidada de orgullo (Lc. 17:10; Fil. 1:15; Gá. 5:25-26).
 4. Tener más alto concepto de sí que el que se debe tener es otra forma de orgullo (Ro. 12:3); la jactancia personal, la autoexaltación, la autoglorificación, la voluntad propia, la autojustificación, el ser justo en su propia opinión y ambicionar la vanagloria son expresiones bajas y viles del orgullo (Gá. 5:25-26).
 5. Desear ser alguien grande y no ser un siervo, y desear ser el primero y no ser un esclavo, también son una señal de orgullo—Mt. 20:26-27.
 6. Deberíamos orar unos por otros, tener una preocupación íntima unos por otros, cuidarnos con ternura y nutrirnos unos a otros y siempre cubrirnos unos a

otros, hablar bien los unos de los otros, y jamás poner al descubierto las faltas y defectos de los otros (2 Co. 7:2-3; Ef. 1:15-16; Flm. 4; 1 Co. 13:4-7; cfr. Mt. 24:49); necesitamos perdonarnos unos a otros y buscar ser perdonados los unos por los otros (Col. 3:12-15).

7. Por un lado, deberíamos tener una perspectiva clara acerca de las personas a las que cuidamos ejerciendo mucho discernimiento y, por otro, deberíamos ser espiritualmente ciegos—Is. 11:1-4a.
8. No deberíamos pronunciar palabras injuriosas; injuriar equivale a reprender o criticar severa o abusivamente; injuriar es agredir a alguien con lenguaje abusivo; injuriar no sólo consiste en reprender a alguien, sino también en herirlo severamente y pisotearlo con rudeza o desprecio evidentes que provienen de la arrogancia—Gá. 5:14-15, 25-26:
 - a. Los injuriadores son aquellos que golpean a sus consiervos, lo cual significa que maltratan habitualmente a los demás creyentes; los injuriadores no heredarán el reino de Dios—Mt. 24:45-51; 1 Co. 6:9-10.
 - b. Aquellos que aceptan las injurias tienen la misma responsabilidad de aquellos que pronuncian las injurias; para que la iglesia mantenga la unidad, los hermanos y hermanas deben resistir las injurias—v. 10; cfr. Nm. 6:6.
 - c. La conciencia que se tiene del pecado proviene de conocer a Dios; de la misma manera, la conciencia que se tiene de las injurias proviene de conocer el Cuerpo; las injurias se oponen al testimonio del Cuerpo—1 Co. 1:10.

IV. El amor es el camino más excelente para todo lo que seamos o hagamos con miras a la edificación de la iglesia como Cuerpo orgánico de Cristo—12:31b—13:8a:

- A. El amor descrito por Pablo en 1 Corintios 13 es la expresión de la vida divina (vs. 4-8a); además, el hecho de que el amor es el fruto del Espíritu indica que la sustancia del amor debe ser el Espíritu (Gá. 5:22); si no tenemos amor, nuestro hablar es como el bronce que resuena y un címbalo que retiene, los cuales dan sonidos sin vida (1 Co. 13:1; 14:1, 3, 4b, 12, 31; 2 Co. 3:6).
- B. El amor no tiene envidia, no se irrita, no toma en cuenta el mal, todo lo cubre, todo lo soporta, todo lo sobrevive, y es el mayor de todos—1 Co. 13:4-8, 13.
- C. Deberíamos ser semejantes a Dios en el amor que tenemos por otros, al amar a las personas sin ninguna discriminación (Mt. 5:43-48); el primero que fue salvo por Cristo mediante Su crucifixión no era un caballero, sino un criminal, un ladrón, que había sido sentenciado a muerte; esto es muy significativo (27:38; Lc. 23:42-43).
- D. La ley del Espíritu de vida es la ley de Cristo como la ley de amor—Ro. 8:2; Gá. 6:2-3.
- E. La ley del Espíritu de vida debe dar sustantividad a la ley de amor, de manera que podamos sobrellevar las cargas los unos de los otros (v. 2; Ro. 8:2); pero si estamos llenos de orgullo, seremos incapaces de sobrellevar las cargas de otros debido a que nos engañamos a nosotros mismos al creer que somos algo cuando no somos nada (Gá. 6:3).
- F. Cuando la ley de amor se active en nuestro interior, automática y espontáneamente seremos pastores que poseen el corazón amoroso y perdonador de nuestro Padre Dios y el espíritu que pastorea y busca de nuestro Salvador Cristo—Jn. 21:15-17; Lc. 15:3-7.

- G. Cuando la ley de amor se activa en nuestro interior, nuestra labor en el Señor es una labor de amor (1 Co. 15:58; 1 Ts. 1:3) en la cual “[apoyamos] a los débiles” (Hch. 20:35, lit.) y “[sostenemos] a los débiles” (1 Ts. 5:14); *los débiles* se refiere a aquellos que son débiles ya sea en su espíritu, en su alma o en su cuerpo, o que son débiles en la fe (Ro. 14:1; 15:1).
- H. La vida de iglesia es una vida de amor fraternal (1 Jn. 4:7-8; 2 Jn. 5-6; Jn. 15:12, 17; Ap. 3:7; Ef. 5:2; cfr. Jud. 12a), y el Cuerpo se edifica a sí mismo en amor (Ef. 4:16).
- I. “El conocimiento envanece, pero el amor edifica”; puede que escuchemos los mensajes del ministerio y nos envanezcamos con mero conocimiento—1 Co. 8:1b; cfr. 2 Co. 3:6.
- J. Nuestro espíritu dado por Dios y regenerado es un espíritu de amor; necesitamos un espíritu ferviente de amor para conquistar la degradación de la iglesia actual—2 Ti. 1:7.
- K. Por ser los pámpanos de Cristo, la vid verdadera, necesitamos amarnos unos a otros a fin de expresar la vida divina al dar fruto—Jn. 15:12-17.

V. Juan 21, un capítulo que trata sobre el pastoreo, es la compleción y consumación del Evangelio de Juan; después de Su resurrección, el Señor pastoreó a Pedro y le encomendó que apacentara Sus corderos y pastoreara Sus ovejas; en esto consiste incorporar el ministerio apostólico al ministerio celestial de Cristo a fin de cuidar del rebaño de Dios, la iglesia, que tiene por resultado el Cuerpo de Cristo—vs. 15-17:

- A. Pedro fue tan impresionado por esta comisión de parte del Señor que en su primer libro les dice a los creyentes que ellos eran como ovejas descarriadas, pero que ahora han vuelto al Pastor y Guardián (Cristo) de sus almas—1 P. 2:25.
- B. Él exhorta a los ancianos a que pastoreen el rebaño de Dios que está entre ellos a fin de que cuando aparezca el Príncipe de los pastores, ellos reciban la corona inmarcesible de gloria (5:1-4); lo dicho por Pedro indica que el ministerio celestial de Cristo consiste principalmente en pastorear la iglesia de Dios como Su rebaño, el cual tiene por resultado Su Cuerpo.
- C. El propósito y la meta principales del ministerio apostólico incorporado al ministerio celestial de Cristo consisten en edificar el Cuerpo de Cristo, el cual alcanzará su consumación en la Nueva Jerusalén para el cumplimiento de la economía eterna de Dios.

VI. Los salmos 22—24 son un grupo de salmos que revelan a Cristo desde Su crucifixión hasta Su reinado en la era venidera; en el salmo 22 vemos la muerte de Cristo, Su resurrección y Sus muchos hermanos producidos en Su resurrección para formar Su iglesia; en el salmo 23 vemos a Cristo como Pastor en Su resurrección; y en el salmo 24 vemos a Cristo como Rey que viene en Su reino:

- A. Estos tres salmos muestran que entre la muerte y resurrección de Cristo en el pasado y la venida de Cristo de nuevo como Rey en Su reino en el futuro está el disfrute, la experiencia y la expresión de Cristo como nuestro Pastor pneumático en el presente.

- B. Esto revela que el pastoreo es el puente que conecta la primera venida de Cristo y Su segunda venida; en Su ministerio celestial Cristo se encuentra actualmente pastoreando a las personas, y si participamos en Su maravilloso pastoreo, habrá un gran avivamiento, un nuevo avivamiento, en el recobro del Señor para traer a Cristo de regreso.

VII. Al cuidar de las iglesias y al pastorear a los santos, lo que más se necesita es la preocupación íntima que es propia de una vida que ministra a otros—2 Co. 7:2-7; 12:15; Flm. 7, 12:

- A. Al pastorear a los santos, es posible que demos muerte a otros; la razón de esta muerte, de esta falta de fruto, es que carecemos de una preocupación íntima por ellos—cfr. 2 Co. 3:6:
 - 1. La leche de la palabra de Dios, el suministro de vida propio de Cristo, debería ser usada para nutrir a los nuevos creyentes en Cristo, y no para “cocerlos”—1 P. 2:2; Éx. 23:19b.
 - 2. Si tenemos la capacidad requerida para realizar una obra, pero carecemos de una preocupación íntima por las personas, nuestra obra será infructífera; nuestro corazón debe ensancharse para acoger a todos los creyentes sin importar su condición—2 Co. 6:10-11.
- B. Cuán fructíferos seamos, cuánto fruto llevemos, no depende de lo que seamos capaces de hacer; depende de que tengamos una preocupación íntima por las personas.
- C. Una vida que ministra es una vida que brinda calidez a otros; si hemos de ministrar vida a los santos, debemos tener una preocupación genuina por ellos, esto es, una preocupación que sea conmovedora, profunda e íntima.